

Reformas en la Populorum Progressio

La violencia como alternativa

Dr. Valentín Arenas Amigó

La violencia como tentación y como fórmula de solución en la Populorum Progressio. Derecho a rebelarse contra el tirano y contra las estructuras. En Brasil hay más violencia que en Viet-Nam. Un auxiliar del Padre Arrupe suministra un dato increíble. La violencia como respuesta a la violencia. La doctrina tradicional de la Iglesia. "No se puede combatir un mal real al precio de un mal mayor." Los pueblos más capaces para desatar la violencia son los menos capaces para lograr su desarrollo. La violencia exige profesionales que sepan manejarla. El tema de la violencia como ejercicio de oratoria. Autenticidad del apóstol de la violencia. Opina Mons. McGrath. La alternativa que plantea la Populorum Progressio: Reformas audaces o revolución. El desarrollo es el único camino cierto hacia la paz, si llega a tiempo. La actitud pragmática de un cristiano: acelerar los cambios, pero estar preparado para saber manejar una situación de violencia.

Un tema de actualidad

El tema de la violencia se discute cada vez más. Pareciera como si existiera el presentimiento de que la sacudida revolucionaria es un hecho inevitable al constatar las dimensiones actuales y las proyecciones de las carencias que afectan a vastos sectores de la población latinoamericana. El propio Papa Paulo VI se refiere abiertamente a la violencia en su encíclica Populorum Progressio. Tal vez sea por aquí por donde debamos iniciar estas reflexiones. Sabemos que para algunos éste es un tema tabú del cual no debería ni hablarse. No participamos de este criterio. Precisamente porque es un tema actual, es necesario abordarlo con valentía. Como lo hace Paulo VI.

La violencia como tentación

El autor de la Populorum Progressio se refiere a la violencia en dos ocasiones distintas de su encíclica. Primero, cuando señala los desequilibrios crecientes entre países pobres y países ricos y entre los sectores sociales de un mismo país. Y saca la siguiente conclusión: "En este desarrollo la tentación se hace tan violenta, que amenaza arrastrar hacia los mesianismos prometedores, pero forjadores de ilusiones." A continuación agrega: "¿Quién no ve los peligros que hay en ello, de reacciones populares violentas, de agitaciones insurreccionales y de deslizamientos hacia las ideologías totalitarias?" (Nº 11) En este lugar el Papa se está refiriendo a la violencia "como tentación" y la admite pues está consciente de la realidad que impera en las áreas subdesarrolladas del mundo.

La violencia como solución. El texto que se discute

Posteriormente vuelve el Papa sobre el mismo tema, pero en otro sentido. Desde el Nº 14 ha estado definiendo el desarrollo cristiano y ha señalado la acción que es necesario emprender para que este desarrollo pueda lograrse. Terminando esto, plantea la urgencia de la obra que ha propuesto y entonces entra en el análisis de la violencia como "fórmula de solución" para superar la situación actual del subdesarrollo. Acepta el Papa que "hay situaciones cuya injusticia clama al cielo. Cuando poblaciones enteras a falta de lo necesario viven en una tal dependencia que les impide toda iniciativa y responsabilidad, lo mismo que toda posibilidad de promoción cultural y de participación en la vida social y política, es grande la tentación de rechazar con la violencia tan graves injurias contra la dignidad humana." Al Papa no le extraña, al con-

trario, le parece normal, dadas las circunstancias, que haya quienes piensen en la violencia como fórmula de solución, pero en el párrafo Nº 13 agrega textualmente: "Sin embargo, ya se sabe: la insurrección revolucionaria —salvo en el caso de tiranía evidente y prolongada que atentase gravemente a los derechos fundamentales de la persona y damnificase peligrosamente el bien común del país— engendra nuevas injusticias, introduce nuevos desequilibrios y provoca nueva ruina."

Una interpretación

Este es, tal vez, el párrafo más discutido de la encíclica. Son muchos los que piensan que en la excepción que el Papa anota, metida entre dos guiones, a la doctrina tradicional de la Iglesia sobre la revolución, establece circunstancias y condiciones que están presentes en la realidad actual latinoamericana y, por lo tanto, deja abierta la puerta de la violencia ya no como tentación, sino inclusive como una posible fórmula de solución. Quienes sostienen esta interpretación se basan en lo siguiente. El derecho de rebelión contra el tirano ha sido reconocido siempre por la Iglesia, supuestas ciertas condiciones. Ahora bien, si este derecho ha sido reconocido en el caso de que sea una persona física, un tirano, quien "atentase gravemente a los derechos fundamentales de la persona y damnificase peligrosamente el bien común del país", con mucha mayor razón tiene el pueblo este derecho cuando el tirano no es una persona determinada, sino toda una estructura socioeconómica que lo mantiene en condiciones infrahumanas de existencia. Y entonces se citan todas las estadísticas que revelan el alto porcentaje de la población latinoamericana que, ciertamente, no vive, sino vegeta dentro del actual ordenamiento de la sociedad. Este mismo argumento se expone también de otra manera. Se afirma que la violencia en este caso no sería iniciada por el pueblo, sino más bien continuada por él en defensa propia. En efecto, la violencia existe ya en las condiciones infrahumanas de vida de la población marginal de América Latina. Hace poco nos decía un sacerdote brasileño, auxiliar del Padre Arrupe en Roma, que en determinado pueblo del Brasil la mortalidad infantil era del 100%, o sea que de cien niños que nacen los cien mueren. No parece que la violencia en la guerra del Viet-Nam sea mayor, pues ciertamente de cien soldados norteamericanos o norvietnamitas que van a la guerra difícilmente mueren todos en el campo de batalla. Son muchos los que regresan a sus hogares. En otras palabras, que la violencia no sería más que una respuesta a esta violencia pre-existente.

Otra interpretación

No nos parece exacta esta interpretación del texto pontificio, aunque reconocemos la fuerza de los argumentos que se utilizan.

Por una parte, si se extiende la doctrina de la Iglesia sobre el derecho de rebelión del tirano a un sistema económico-social, lo que nos parece que es aceptable, hay que extender la doctrina en su integridad, es decir, también deben darse en este caso de tiranía institucional las condiciones establecidas que para derrocar al tirano fija la Iglesia. Que esto concuerda con el pensamiento del Papa se deduce claramente de esta frase: "Sin embargo, ya se sabe, la insurrección revolucionaria —salvo (aquí viene la excepción antes descrita)— engendra nuevas injusticias, introduce nuevos desequilibrios y provoca nuevas ruinas." No hacía falta que dijera nada más. Sin embargo, agrega como para que no quede ninguna duda sobre su pensamiento total lo siguiente: "No se puede combatir un mal real al precio de un mal mayor." Nadie podrá negar que el Papa está consciente de la violencia en que viven grandes sectores de la población mundial y, sin embargo, a pesar de eso, no favorece la salida violenta como alternativa de solución sino en casos **extremadamente extremos** (repetimos las dos palabras con toda intención porque creemos que reflejan exactamente la posición del Pontífice y de la Iglesia, que siempre ha considerado la violencia como una solución extrema.)

Por otra parte, esta interpretación no es sólo cónsona con la doctrina tradicional de la Iglesia, sino que tiene un aval pragmático que la confirma.

Razones no doctrinales, sino pragmáticas

En primer lugar, es un hecho cierto que el desarrollo de un país supone una actitud racional y objetiva para programar las soluciones y una capacitación suficiente, en todos los niveles, para ejecutarlas. Pero es el caso que aquellos pueblos que más necesitan desarrollarse para los que están preparados es para la acción revolucionaria, cuyo éxito está en razón directa no de la racionalidad, sino de la irracionalidad. Quienes sostienen que la violencia es la fórmula para el desarrollo debieran encontrar también la fórmula para que el pueblo de los países subdesarrollados pueda cumplir, casi simultáneamente, las dos fases del proceso: la destrucción del orden existente, que exige una postura básicamente emocional, y la construcción de un orden nuevo, que demanda de ese mismo pueblo revolucionario la

actitud exactamente contraria, o sea una actitud básicamente racional. (Estamos suponiendo que los partidarios de estas fórmulas tienen una postura honesta y no son cómplices de sistemas totalitarios, pues si lo fueran éstas no serían una preocupación para ellos.)

En segundo lugar, es fácil desatar la violencia, sobre todo cuando hay una manifiesta situación de injusticia, pero no es tan fácil saber manejar una situación de violencia una vez que ésta es desatada. Esto demanda profesionales de la violencia, gente especialmente preparada para moverse en la nueva situación creada. Exige una verdadera capacitación. Quien haya pasado por una revolución comunista sabe de la indefensión y el desconcierto que se siente frente a tácticas y sistemas de temor y control colectivo bien experimentadas y perfectamente aplicadas. Y esto hay que tenerlo muy en cuenta. No nos parece que sea una actitud responsable el promover la violencia como solución, aunque se crea en ella de buena fe, si paralelamente no se estudian las tácticas apropiadas para manejar la situación que se ha creado porque "otros" serán ciertamente los beneficiados. Como tampoco nos parece serio defender alegremente la violencia como solución desde la poltrona del aula universitaria, o del congreso, o de la prensa, o acaso desde un púlpito. La violencia no es un "hobby", es algo muy grave que exige en quienes las propugnen, cuando menos, una actitud consecuente y una dedicación total. Y quienes no estén dispuestos a profesionalizarse, tal vez harían mejor en abandonar la violencia como ejercicio oratorio. En este sentido la posición del Padre Camilo Torres puede ser discutida, pero es digna de respeto por auténtica. En otras palabras: los apóstoles de la violencia deben estar preparados y listos para asumir los riesgos de su prédica, y si no están listos para asumir esos riesgos y la vida difícil que esto supone, están siendo cómplices de los profesionales en la materia por la vía de la irresponsabilidad. Vale la pena citar en este lugar las palabras de Monseñor McGrath, Vicepresidente del CELAM. Con la misma valentía que se enfrentó a los Estados Unidos para decirles en reciente conferencia en Filadelfia que la ayuda norteamericana está lejos de ser tan importante como se cree cuando se le resta la asistencia puramente militar, los elevados intereses sobre los préstamos, los beneficios comerciales del "donador" y su libertad de decidir sobre el mercado internacional los precios de los productos latinoamericanos, el Vicepresidente del CELAM llamó la atención sobre "el idealismo y la impaciencia de algunos de nuestros mejores líderes cristianos, especialmente los jóvenes, que los deja abiertos de par en par a la atracción emocional de los 'hé-

ros' guerrilleros. Pero muy pocos de ellos están equipados para analizar los problemas éticos y aun tácticos que significa esta clase de violencia".

La actitud de un cristiano

¿Y cuál debe ser la actitud de un cristiano ante la violencia ya existente? Paulo VI la señala con toda claridad inmediatamente después de decir que "no se puede combatir un mal real al precio de un mal mayor". "Entiéndase bien —dice—: la situación presente tiene que afrontarse valerosamente y combatirse y vencerse las injusticias que trae consigo. El desarrollo exige transformaciones audaces, profundamente innovadoras. Hay que emprender, sin esperar más, reformas urgentes." A buen entendedor, pocas palabras. El Papa está planteando las reformas "audaces", "profundamente innovadoras" y "urgentes" del orden social actual como la única alternativa válida frente a la violencia. Cuando el Papa no señala otra alternativa es porque no la ve. Sin duda que ésta es la línea de acción inmediata que señala al cristiano, y también al que no lo es, el Santo Padre. Toda la **Populorum Progressio** es un programa de reformas como condición del desarrollo, única alternativa ante la violencia. El desarrollo es el camino de la paz. ¿Llegarán a tiempo los cambios? La pregunta es difícil de responder. Hay quienes son pesimistas y hay quienes aún no han perdido las esperanzas. Por eso un criterio pragmático nos debe orientar hacia esta actitud: acelerar al máximo las reformas, pero estar preparados también para saber manejar una situación de violencia en el caso de que ésta se presente. En el país existe la inquietud de capacitación para el desarrollo en todos los niveles y por supuesto que esto es muy positivo. No parece existir, sin embargo, la misma inquietud en capacitarse para manejar una situación de violencia que el desarrollo debe hacer innecesaria, pero que puede presentarse si el tiempo no alcanza para el camino que es necesario recorrer. Por eso prepararse para cualquier eventualidad significa montar guardia al pie de nuestras instituciones libres.

No correspondía al Papa sacar esa conclusión. Pero al plantear las transformaciones audaces como la única alternativa frente a la violencia, nos permite concluir que la gravedad de la situación en América Latina nos exige la preparación paralela de profesionales del desarrollo y profesionales de la violencia. Sólo si estamos listos para cubrir ambos campos estaremos más seguros de poder salvaguardar, junto con la libertad política, los derechos y la dignidad humana.